



INDIO YUCATECO.

Litog. calle de la Tabaca núm. 4.

CARÁCTER, COSTUMBRES Y CONDICION DE LOS INDIOS,

EN EL DEPARTAMENTO DE YUCATAN.

[Escrito para el LICEO MEXICANO por Don Gerónimo Castillo.] (1)

Es el indio yucateco un monstruoso conjunto de religion é impiedad, de virtudes y vicios, de sagacidad é estupidéz, de riqueza y miseria. Nacido en el seno del cristianismo, é iniciado en sus angustos misterios, adora á la Divinidad y respeta el sacerdocio, hasta incidir en el fanatismo y la supersticion; muriendo no obstante como si ignorase la existencia de un Ser creador, providente y justiciero, que ejerce sobre todas las cosas el dominio mas absoluto. Pesimamente educado, ó mejor dicho, sin educacion alguna, tiene ideas exactas y precisas de lo bueno y de lo malo; inclinándose por desgracia con mas frecuencia al segundo estremo, como si siguiese por instinto la perniciosa escuela de Epicuro, que reconoce lo mejor. Lo aprueba, y á pesar de esto adopta sin vacilar lo peor, siempre que sea conforme con los sentidos. Con un entendimiento claro, aunque sin ningun cultivo, se traslucen en sus acciones y discursos algunos rasgos de ingenio, empañados con el mas grosero idiotismo; semejan á aquellos destellos de luz que arrojan de cuando en cuando las estrellas, en medio de una noche tempestuosa y sombría. Y finalmente, siendo muy cortas sus necesidades, y casi nulos sus placeres, parece que se hasta él solo á sí mismo; sufriendo sin embargo muchas privaciones, que podia satisfacer desde luego sin fatiga, con un poco mas de amor y dedicacion al trabajo, mejorando considerablemente su situacion.

No puede ver una imágen de los santos, ó una cruz, sin postrarse reverentemente ante su presencia, ni encuentra nunca un ministro del Altísimo sin quitarse el sombrero, corriendo presuroso á besarle la mano, que coloca sobre un paño en señal de respeto; y con todo no hace caso, ó desprecia los movimientos de su conciencia. Consume la mayor parte del fruto de su trabajo en obras de piedad, que al cabo de generanan en devotas orgias; y espira sin confe-

sar los pecados mas horrendos en el tribunal de la penitencia, diciendo como el justo que *va á descansar*. Yo sé de algunos que teniendo por concubinas á sus hermanas ó hijas, lo han negado con teson en los brazos de la muerte, aun requeridos caritativamente por el confesor, con el conocimiento que á todos asiste de que este comercio criminal es por desgracia muy comun entre ellos; y han exhalado el último suspiro con tranquilidad, y sin remordimientos.

No profesa tanto amor y devocion á Dios y á la Virgen Maria, como á S. Antonio de Padua, que es el principal ornamento de sus chozas; el signo de nuestra redencion, que tampoco falta jamas en sus rústicas habitaciones, excita su fé con mas viveza, que el mismo Redentor; y por último, mas bien que elevar sus preces al cielo, suele dirigirlas al purgatorio, demostrando tener á veces mayor confianza en las almas justificadas que se hallan retenidas en este lugar de expiacion, que en los santos. No falta quienes crean que duda de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, fundándose acaso esta presuncion en que tan alto é inefable misterio no se halla al alcance de sus torpes sentidos, que vienen á ser, por decirlo asi, la única, regla de su escaso criterio.

Es incapaz de robar un peso, y roba cuatro veces dos reales: no miente, y huye siempre de espresar la verdad, estudiando su fraseologia para no verse precisado á afirmar ni negar. Se le pide la hora, y dice *creo son las tantas*: se le pregunta si lloverá, y responde *asi parece, puede ser*: se le consulta sobre la distancia que falta para llegar á algun pueblo ó lugar, y solo manifiesta que *está ó no está lejos, que mé-dia como un tiro de piedra, que poca mas ó ménos se escucharia un grito etc.*: se desea saber su edad, y satisface diciendo que *presenció tal cual acontecimiento*.

(1) Debemos este artículo á la generosidad de nuestro colaborador D. Isidro R. Goadra.—RR.

Ama al blanco, y evita cuanto puede su compañía mirando con desden, y como inferiores á la suya, las demas castas: respeta al originario de la Peninsula española como á su señor, y lo considera como su tirano: tiene el sentimiento de los bienes que le ha proporcionado la conquista, y el de los males que le ha producido, gozando públicamente sin aversión de los primeros, y deplorando en secreto con horror los segundos: sufre resignadamente el estado de servidumbre en que vive, y no pierde ni un instante la esperanza de sacudir algun día el yugo que lo sujeta, volviendo á adquirir el dominio del país que le fué arrancado, por las armas; debiendo tenerse como prueba de esto último el empeño que guarda en conservar su idioma, pues no habla nunca la lengua de Castilla, aunque la posea, y se siente mortificado al contestar, cuando se le pregunta en ella.

Siendo honrado en casi todas sus acciones, rechaza desdeñosamente los principios de honor mas rígidos y sagrados: se casa muy temprano buyendo de los desórdenes á que da lugar la concupiscencia de la carne, guarda fidelidad en el matrimonio, jamas falta á sus promesas, desoonce el juego, y sus costumbres, en lo general, son puras y sencillas: se puede decir que el único vicio que le domina es el de la embriaguez, y este se ha disminuido considerablemente hace algunos años. En medio de esto, si sorprende á su consorte en otro lecho, se conforma con que se le apliquen algunos azotes, y corriendo un velo sobre lo pasado vuelve á abrirle los brazos con ternura: no considera las penas mas vergonzosas é infamantes sino bajo un respecto material, en cuanto afectan puramente sus sentidos: recibe y se somete gustoso al castigo como consecuencia necesaria del crimen, pero de ningún modo como retraente, besando en seguida con la mayor docilidad y sumisión la mano misma que lo ha lacerado: por decirlo todo de una vez, conozco muchos que han tomado por esposas mugeres con hijos sin haber sido antes casadas, consolándose con exclamar friamente cuando se les ha hecho presente esta circunstancia para disuadirlos de su proyecto, *¡qué cuidado me da, eso no fué en mi tiempo!*

Por tradición, por experiencia y aun por discurso tiene algunas nociones de astronomía, matemáticas, medicina y otras ciencias. Conoce todas las constelaciones, y sabe designarlas con nombres análogos á lo que representan, no siendo los que se hallan generalmente admitidos entre los sábios: de día por el curso del sol,

y de noche por el de las estrellas, determina á punto fijo la hora: no le es desconocido el influjo de los astros sobre los cuerpos terrestres y se guía por aquellos para sus siembras, podas y cosechas: sin leer los calendarios, predice los movimientos de la luna, y conoce cuando va á eclipsarse, atribuyendo la causa de este fenómeno á que el sol pretende destruir aquel satélite, haciendo un ruido estrepitoso con palos y otros instrumentos, para evitar una catástrofe tan terrible, cuyas tristes consecuencias presente, según lo anuncian los fueos alaridos que lanza.

Mide exactamente el terreno que quiere ó se le manda cultivar, sin excederse ni una linea, y tiene idea no solo del cuadrado, sino tambien del cubo; bastando lo siguiente para probar en parte la verdad de esta asercion. Contratada una calera de diez y seis varas en cuadro con ciertos indios, y satisfecho anticipadamente su valor, propusieron, cuando llevo la ocasión de emprender su tarea, hacer dos de ocho varas, á lo que accedió inconsideradamente el interesado, sin advertir, ó tal vez sin saber, que 16 por 16 dan 256, y que dos veces 8 por 8 únicamente producen 128.

En sus enfermedades y dolencias se cura á sí mismo, y cura tambien á otros en su caso, adoptando por principio la dieta: sabe las virtudes de todas las plantas como si hubiese estudiado la botánica, conoce los venenos, los antidotos, y no se le ocultan los calmantes: casi siempre entra en su plan la sangría, cuya operacion desempeña bárbaramente con una espina, ó con un hueso de pescado. Igual claridad de entendimiento deja percibir sobre otros ramos del saber humano; y en medio de esto, se le advierte lleno de errores y preocupaciones acerca de las cosas mas triviales. Cree que vuelen al mundo las almas de los que mueren, y les marca con cal, para que no se extravíen, el camino que media entre la tumba y el hogar doméstico, faltándole poco para ser partidario del sistema de Pitágoras, sin haber oido mentar en su vida á este filosofo, ni la palabra transmigracion: tiene una conviccion íntima y profunda de que hay brujos y duendes; y teme mucho los hechizos, no pudiendo arrancarle nadie la idea de que existen hombres que se ejercitan en hacer este daño.

Su traje es muy sencillo, y sus alimentos muy frugales, constituyendo esto mismo su mayor riqueza. El primero, se reduce á una camisa y calzonzillo, ó á un huipil y fustán, todo de mantá de algodón, cuyo costo ordinariamente no pasa de ocho á diez reales; andando por

lo regular el hombre desnudo, según representa la litografía que precede á este artículo, y los segundos consisten en maíz, legumbres y frutas. Como debe suponerse, basta un regular trabajo para cubrir tan cortas necesidades, y tambien sus contribuciones civiles y religiosas, que importan tres pesos anuales por cabeza siendo varon. Sin embargo, encierra un manantial fecundo é inagotable de riqueza positiva en la robustez de su constitucion física, y en el admirable sufrimiento de que se halla dotado; pero aquel tesoro viene á ser, por falta de afición á los goces sociales, una abundante mina no explotada. Su fuerza generalmente es la que basta á sostener, casi sin fatiga, hasta diez arrobos sobre sus espaldas: (1) trabaja en el campo sin repugnancia, desde la mañana hasta la noche, aun en el rigor del verano, sin que los ardientes rayos del sol al medio día, ni la lluvia que en tales circunstancias suele caer de improvviso, mezclándose con el sudor que derrama, alteren su salud en lo mas minimo, como si su endurecido cuerpo estuviese formado del mismo metal cuyo color lleva impreso: la muger por su parte, cuenta con diferentes labores propias de su sexo, en que poder ejercitarse, las cuales seria prolijo enumerar, bastando decir que se hallan llenos los mercados de producciones industriales, mas ó menos perfeccionadas, cuyo comercio tiene en cierta manera monopolizado. Tal es en Dosquejo el indio de Yucatán.

Publicada la constitucion española de 1812, brilló para él una aurora de felicidad, y empezo á mejorarse gradualmente desde entónces su triste condicion: se abrieron los tributos que pagaba en señal de conquista, quedaron estinguidos los juzgados especiales á que estaba sujeto, se le igualó en derechos á todos los demas ciudadanos, y se abrieron escuelas gratuitas para que diese los primeros pasos en la carrera de la civilizacion; pero poco ó nada pudo adelantarse con tan sábias y filantrópicas disposiciones en cuanto á la última parte, por la resistencia que opuso, y opondrá siempre, á separarse de sus rancias costumbres. Estoy muy lejos de opinar, con algunos, que no es

(1) Tratando de la fuerza física de los indios de Yucatán, no debo pasar en silencio un modo de viajar que se usa en el país, y que da la mejor idea de su gruesa musculatura: consiste, pues, en una liera llamada *kopé*, que en lugar de lietas es conducida en hombros de aquellos, quienes se remudan cada cinco leguas, poco mas ó ménos; habiendo algunos de tanta pujanza, como los del pueblo de Tzuc en el partido de la Sierra Alta, que hacen hasta tres jornadas seguidas con sus cargas, sin permitir que sean relevados. El estipendio de tan penoso trabajo, según costumbre, es el de tres cuartos de real por legua á cada indio.

susceptible de mejor educacion, antes bien condono como injusta y temeraria esta creencia, que se ha avanzado hasta el punto de suponerlo incapaz de concebir ideas exactas; mas la experiencia de muchos años ha debido producir una conviccion de que se halla conforme con su estado actual en órden á conocimientos, y por tanto, sin otra clase de medidas, el indio de un siglo será, con muy corta diferencia, el indio de hoy.

Diganlo, pues, tantas leyes inútiles promulgadas y tantos esfuerzos infructuosos puestos en ejecución, principalmente en los últimos años, para obligarle á concurrir á los establecimientos de instruccion primaria, habiendo llegado el caso de fijar, aunque sin efecto, una época en la cual quedaria privado de sus derechos civiles el que no supiese leer y escribir; formando esta invencible tendencia hácia la conservación de sus antiguos hábitos, un verdadero contraste con los infinitos medios empleados para hacer cada día mas soportable su situacion moral y política, en cuyo plan debe entrar, si no me equivoco, la idea de crearlo necesidades lentamente y con la mayor prudencia, tal como la de que vista pantalon y enagua, para inclinarlo al trabajo, é irte inspirando cierta especie de amor propio de que absolutamente carece.

Hoy se halla en el país Mr. Diego Thompson con el noble empeño de instruir á la clase indígena, valiéndose de su mismo idioma. „Primero es, dice, derramar en el indio las semillas del saber en su lengua nativa: luego la inclinacion al estudio le hará aprender el castellano para aumentar el círculo de sus conocimientos.“ Yo no estoy por esto, antes creo que con solo completar á adquirir una mediana inteligencia del español, se habrá conseguido mucho, por su frecuente trato con la poblacion blanca: la ilustracion crece, dado el primer paso, en la misma proporcion con que se aumenta la velocidad en el descenso de los cuerpos graves. Es incalculable, en todas las cosas, el mérito del impulso primordial: la decision de un puñado de atrevidos bastó para el descubrimiento del nuevo mundo, y la decision tambien de un puñado de valientes preparó en Dolores la grande obra de la regeneracion política del antiguo imperio de Moctezuma. Vestir al indio y ponerlo en mayor contacto con las clases civilizadas por medio del idioma: he aqui dos excelentes puntos de apoyo para la gran palanca que debe levantar el peso de las felices disposiciones con que le ha dotado la naturaleza.—México diciembre 30 de 1843.

ARISTOCRACIA DEL TALENTO.

No he visto tus obras, Señor, y me he prosternado en tu presencia; porque tus obras cantan tu sabiduría y tu justicia. He vuelto mis ojos á las obras de los hombres y mi corazón ha rebotado de indignación, porque sus obras publican su ignorancia y su maldad.

Criaste, Señor, la tierra y la sometiste al hombre; criaste los metales que se forman en las entrañas de la tierra, y los sometiste al hombre; criaste las plantas y árboles que crecen y dan fruto sobre la tierra, y los sometiste al hombre; criaste los animales que viven en la tierra y los que nadan en las aguas y los que vuelan por los aires, y á todos los sometiste al hombre; criaste el cielo y los astros y los formaste para el hombre. Y el hombre fué superior á todo lo criado.

Diste poder al hombre para multiplicarse, y el hombre se multiplicó y nacieron muchos hombres, y todos estos hombres son señores de lo que criaste para ellos; y todo lo sometiste á ellos; mas no sometiste el hombre al hombre, ni lo obligaste á obedecer mas que á ti, que eres su Dios, Señor. Y á todos los hombres formaste iguales y á todos les diste los mismos derechos.

Y por esto humillo mi frente ante ti, mi Dios, y alabo tu justicia y tu bondad. Porque todos tus hijos somos iguales y porque la imagen tuya que criaste no se debe inclinar sino ante ti.

Persiste en el entendimiento de los hombres esta verdad, y ellos sintieron tu inspiración.

Mas vino Satán y dijo al hombre: escúchame, y el hombre le escuchó. Dijo: domina á tus hermanos, y el hombre dominó á sus hermanos; y dijo: el que es rico y poderoso es superior al que no lo es, y el hombre creyó que el que es rico y poderoso es superior al indigente y desvalido.

Y por esto el hombre obligó á sus hermanos á prosternarse ante él y á doblar la rodilla que solo á ti se debe doblar, mi Dios. Y creyó que la riqueza y el poder y la nobleza hacían superior al hombre respecto de los demas hombres, y se olvidó de ti y desconoció tus obras, Señor.

Por esto se indigna mi alma y maldice las obras de los hombres. Porque negaron tu poder y desconocieron tu autoridad y quisieron formarse un poder, reuniendo á los ricos y á los

poderosos, reuniendo á los príncipes y á los magnates, y formando la aristocracia que oprime al pueblo, formando ese poder que desprecia al pueblo que es tu obra.

Mas ellos han provocado tus iras, Señor, y tendrán guerras y desolación, porque extenderás tu mano sobre esos hombres y sobre los pueblos que han formado, y no podrán resistir el peso de tu indignación, y caerán abrumados porque han contrariado tus designios.

Por lo cual se volverá tu mirada, Dios mío, sobre los pueblos en que las riquezas no sirven para oprimir al hombre, y los bendecirás, porque no han querido desafiarte tu poder con otro poder. Los bendecirás porque no han dividido á los hombres de los hombres, ni se han dicho: „nosotros no somos hermanos vuestros,“ y los bendecirás porque el rico no oprime al pobre.

Y se prosternarán estos pueblos y se llenarán de alegría porque han seguido tus designios. Y los hijos de la libertad cantarán tu gloria, y ellos publicarán la bondad de su padre: porque la libertad es hija tuya, Señor, y como un diamante de tu corona, rey de los cielos.

Los hijos de la libertad no doblarán su rodilla ante los hijos de los hombres, y no reconocerán mas soberanía que la tuya ni mas superioridad que la que tu has criado.

Porque quisiste que el hombre necesitase del auxilio de su hermano, y no diste igual inteligencia á todos los hombres. Y formaste la superioridad del talento, que es la verdadera superioridad, porque es obra tuya, y tus obras predicaban tu sabiduría.

Tus obras son en bien de los hombres, Señor, y el talento es en bien de ellos. Dispusiste que se reuniesen los esfuerzos de los hombres, á quienes diste inteligencia superior para provecho de sus hijos, y esos esfuerzos se reunirán y formarán la aristocracia del talento. Y los pueblos que tengan la aristocracia del talento serán benditos.

Porque no han deseído su voz, ni tienen otra gerarquía que la que tú dispusiste que tuvieran. Y serán benditos y tendrán paz porque tienen la aristocracia del talento que es obra de justicia, y porque han desterrado de sus hogares la aristocracia del poder y de la

nobleza, que es obra de la presunción de los hombres.

Y la aristocracia del talento será el fruto de la bendición del señor, porque sirve para alivio de los pueblos y no los oprime; porque es el consuelo del afligido; porque auxilia al necesitado y no lo abruma; porque hace beneficios y no exige paga por ellos. Será el fruto de tu bendición, Señor, porque es el instrumento de que te sirves para derramar muchos de tus dones entre los hombres.

Y la aristocracia del poder será efecto de tu enojo, porque dividirá á los hombres y lastimará sus derechos, porque los dividirá y tendrán disensiones, y se derramará la sangre de los hombres, porque huirá de ellos la paz y sentirán que los has abandonado. Y la aristocracia del poder será el azote con que castigues á los pueblos, porque ellos serán humillados y padecerán con el orgullo de los magnates. Mas estos serán castigados y destruidos, porque tú aborreces el instrumento con que castigas y lo echas al fuego y lo apartas de tu vista, Señor.

Y ellos se doblarán y volverán lodo como plantas á quienes falta el sol. Y vendrá entonces la aristocracia del talento, porque oirás los gemidos de tus hijos, y te apiadarás de ellos y los darás tu bendición.

Y esa aristocracia divina será tan humilde, como orgullosa es la que han formado los hijos de los hombres. Porque ella es un don del cielo y el cielo aborrece á los orgullosos. Y el que fuere orgulloso no pertenecerá á esa gerarquía, ni tendrá ciencia, ni contribuirá al bien de sus hermanos, ni será órgano tuyo, mi Dios. Porque el orgulloso quería dominar á los hombres y tú quieres que los hombres sean libres. Y la necesidad será su castigo, y veremos en ella una obra tuya, y esa obra nos enseñará también tu justicia y tu sabiduría.

Por lo cual yo me prosterno ante ti, Señor, y hiero la tierra con mi frente y te doy gracias. Y alabándote levantaré mi voz, y mil voces se levantarán y llegarán hasta el trono del Señor y el Señor nos oirá. Y los pueblos serán libres y no doblarán la rodilla sino ante ti. Y no se humillarán sino en tu presencia. Ni temerán mas iras que las tuyas, Señor, que eres Dios de misericordias, ni tendrán soberanías, ni superioridades, sino las soberanías y superioridades que no huelen su derechos.

Y no estarán divididos, ni tendrán gerarquías, sino la gerarquía del talento que es obra tuya y tu bendición.

Regocijaos, pues, pueblos del Norte; regocijaos, pueblos del Sur; regocijaos, pueblos del Oriente, y vosotros, pueblos del Occidente, regocijaos también. Regocijaos, hijos de la libertad, sean cuales fueren vuestros patria y vuestras leyes; y vosotros, republicanos hermanos míos, regocijaos y alegraos porque el día de la libertad está cercano y pronto llegará.

Alegraos y cantad, porque el día de la igualdad está próximo, y no tendreis que acatar sino á la Divinidad y talento que es un destello suyo.

Alegraos y cantad, porque el Señor es misericordioso y dió á los hombres libertad é igualdad.

Doblad la rodilla, pueblos, y elevad vuestra súplica hasta el Señor. Elevadla con el humo del incienso y de la mirra. Elevadla en mano, del ángel de la oración. Elevad vuestra súplica é implorad su misericordia para que pases los tiempos y llegue el día. Implorad al Señor para que venga el día de felicidad.

Cantad, pueblos de la tierra, alabanzas al Señor. Y bendecid las obras de Dios. Porque sus obras manifiestan su sabiduría y su justicia. — J. M. DEL CASTILLO.



MALDICION Y REDENCION.

A MI AMIGO JUAN NEPOMUCENO NAVARRO.

¡DÍAS de bendicion, en que cereada
De arcángeles de luz, de Serafines,
La inocencia sus alas de jazmines
Desplegaba en el aura perfumada!

¡Días de bendicion en que risueño
Sus párpados el mundo levantaba,
A la cancion del ángel que guardaba
Mudo y atento su profundo sueño!

¡Por qué pasásteis con ligero vuelo
Dejando atrás desolacion y llanto?
¡Por qué entonando el postrimero canto
Prestos volásteis á anidar al cielo?

Antes, cuán bella, al preceder al día
Y envidiosa del brillo diamantino
Que derrama el lucero matutino,
La aurora el suyo de carmin vertía,

Para aspirar con la serena brisa
Del astro rey á la mirada ardiente,
Con dulce calma en su nevada frente
Y entre sus labios celestial sonrisas.

¡Cuán leve entonces el celage bello
Cruzaba el cielo en movimiento vago,
E iba á pintarse sobre el quieto lago
Do el cisne ostenta su soberbio cuello!

Y cuán grandiosa, colosal montaña
Allá mostraba su imperial corona
En las regiones de la ardiente Zona
Que el rico Eufrates en su curso baña.

Todo era amor entonces; su cabeza
Cándida Flor en el Eden alzaba,
Un beso al ángel de la aurora daba
Y el rubor encendia su pureza.

Inimicitias ponam inter te et
mulierem, et semen tuum, et se-
men illius; ipsa conteret caput
tuum et tu incidaberis calcaneo
ejus.—Genesis. Cap. V.

El río en su murmullo, amor decía
Amor á la creacion en su bramido
El torrente estruendoso que ceñido
Del iris con las fajas relucía.

Amor tambien el Océano inmenso
En la ola mansa que en la playa espira
Y el pardo alcion que soñoliento gira
De blanca bruma entre el sutil incienso.

Amor las aves en brillante coro
Y elruiseñor en su sentido acento
Que acompañaba el celestial concerto
De Querubines de salterio de oro.

Y el águila tambien que el horizonte
Pasa, y las nubes do altanera habita,
Y el gusanillo que la yerba agita,
Y el Leon forzado en el riscoso monte,

Y el Tigre fiero en su caverna oscura....
Todo de amor en la creacion lablaba,
Todo al sentirlo de placer temblaba,
Hasta la sierpe venenosa, impura.

Y el hombre y la muger.... do quier bebian
Impresiones de amor, por siempre unidos;
Y eran de amor su idioma, los latidos
Del corazon que en su embriaguez oian.

Esbelto él como el ciervo que en la peña
Contempla el valle en actitud altiva,
Y ella cual la gacela inquieta, viva,
Cual la paloma cándida, risueña:

¡Quién sus placeres comprender pudiera,
Al encontrarse en el Eden sus ojos,
Cuando al contacto de sus labios rojos,
De amor se dieron la señal primera?

Misterios del amor que fué su guía,
Que veló la inocencia candorosa,
Que perfumaron el jazmin, la rosa,
Y endulzó de los vientos la armonía....

Ellos tambien bajo dosel pomposo
Y entre el murmullo de encantadas fuentes
Gratos doblaron las tranquilas frentes
Y entonaron el himno sonoro.

Tú lo escuchaste, Jehová, sentado
Allá en tu trono que el Querub custodia,
Do se oye siempre angelical salmodia,
Y nunca el llanto de mortal cuidado.

Y tu obra entonces contemplaste tierno,
Y sonreiste á la creacion ufano,
Tendiste absorto tu divina mano,
Y estremeciése el escondido infierno.

Mas la muger, de la serpiente astuta
Entre el aliento de mortal beleño,
Durmio enlazada con el hombre un sueño....
Y Adan comió de la vedada fruta.

La inocencia, el amor por siempre huyeron
De su antes santa y divina guirnalda,
Y tú volviste al pecador tu espalda,
Y las tinieblas en el mundo fueron.

Viste tu imagen reflejarse en cieno,
Al hombre viste acariciar la muerte,
Se encendió tu ira, y de tu mano fuerte
Sobre él cayó tu maldicion de trueno.

Mas luego el rostro, Jehová, movido,
Volviste al hombre que empañó tu esencia,
Porque es mayor el mar de tu clemencia
Que el huracán de tu furor temido.

Y al mirar de su angustia la agonía
Tu mejilla sentiste humedecerse
Con lágrima de amor, que al desprenderse
Produjo pura á la sin par Maria.

A la muger de perennal consuelo
Que prometiste en desventura tanta,
La que oprimiendo la infernal garganta
Del monstruo horrible, nos volviera el cielo.

Ella brilló como brilló la estrella
Que el norte indica al navegante incierto;
Como el fanal del suspirado puerto
Que en la ribera de la mar descuellas.

Y Adan la comprendió, y Adan postrado,
„Niña de bendicion, clamó lloroso,
De la vida en el mar tempestuoso,
Ampara tierna á mi linage amado.”

„Las puertas de oro del Eden perdido
Abrele tú”. . . mas espiró su canto,
Brilló la espada del Querub en tanto,
Y del dolor y la afliccion seguido,
De Eva abrazado prosiguió su llanto.

México diciembre 25 de 1843.

RAMON I. ALCARAZ.



BELISARIO.

Les grandes vertus se cachent ou se perdent ordinairement dans la servitude; mais le gouvernement tyrannique de Justinien ne put opprimer la grandeur de cette âme, ni la supériorité de ce génie.—MONTESQUIER.

ROMA, esa nación privilegiada, cuya historia nos suministra tantos hechos brillantes, y nos presenta tantos hombres esclarecidos, estaba degradada y envilecida desde que Constantino trasladó la silla imperial á Bisancio; y cuando Justiniano subió al trono, el imperio de Occidente ya no existía y el de Oriente estaba en decadencia. Los bárbaros habían invadido el Medio-día: el Africa y la España eran presa de los vándalos y de los godos; las Gálias de los francos, de los borgoñeses y de los visigodos; la Italia, de los ostrogodos y las demas partes del Occidente, de otras hordas de bárbaros, cuyo poder se aumentaba, á medida que la grandeza de Roma se disminuía, y habían llegado á ser ya los señores de la ciudad eterna que en otro tiempo había sido el árbitro del mundo.

Solo el imperio de Constantinopla subsistía, conservando aun el epíteto de *Romano* que habría debido perder con Roma para tomar el de *Griego*; pero despedazado y corrompido en el interior, pues no quedaban ya de las costumbres originarias de Roma mas que algunas palabras, pocos recursos, y muchos vicios; y amenazado en el exterior por los indómitos persas, sármatas y tártaros, que aprovechándose de la ruina de un imperio y de las turbaciones del otro, amenazaban sus límites asiáticos y las fronteras del Norte, y no parecía sino que el imperio de Oriente iba á desplomarse sobre las ruinas del de Occidente.

En este estado encontró Justiniano el imperio cuando ocupó la silla imperial en las Calendas del mes de agosto del año de 527 (1) de nuestra Era, y con él apareció el héroe cuyo nombre se ha hecho célebre en todas las naciones y cuyas hazañas tratamos de bosquejar.

Belisario, este capitán esclarecido, objeto de tan dignas alabanzas, nació en Thracia, donde parece que fué educado entre los aldeanos:

(1) 1.º de agosto.

su juventud no ofrece ningun hecho capaz de ser consignado en la historia, servia en las guardias de Justiniano, y cuando este sucedió á Justino, le dió el mando del ejército. Las primeras victorias de este ilustre caudillo fueron sobre los persas; y cuando estos invadieron la Siria, Belisario, con ménos de veinticinco mil hombres, humillados y poco sometidos aun á la disciplina militar, la cual, así como el valor y la audacia comenzaban á renacer bajo la influencia de tan esforzado guerrero, consiguió con sus sabias disposiciones, no solo contener á los enemigos del imperio, sino que los obligó á retirarse. Cada noche ocupaba el sitio en que sus enemigos habían acampado la víspera, y cual otro Flavio habría triunfado sin derramar una gota de sangre, á no haber sido por la impaciencia de los soldados, cuyo valor se menguó el día de la batalla, pues la caballería que formaba el ala derecha del ejército, había huido, y solo la infantería de la izquierda permanecía inmóvil en el campo de batalla. Entonces Belisario, apeándose de su caballo, manifestó á sus soldados que ya no les quedaba mas recurso que un valor audaz y desesperado; y estos, obedientes á la voz, y dóciles al ejemplo de su jefe, volvieron las espaldas al Eufrates y los rostros al enemigo, y oponiendo así un muro impenetrable á las cargas de la caballería de los persas, hasta obligarlos á retirarse ignominiosamente; y aunque el ejército de Belisario tuvo que embarcarse favorecido por las tinieblas de la noche, no por eso fué menos la gloria de este ilustre caudillo, pues que con su valor personal supo sustraer al ejército de las funestas consecuencias que le habría acarreado su temeridad.

Los preparativos de la paz con los persas, le hicieron abandonar la frontera del Oriente cuando ya el rey de los persas estaba encerrado en las antiguas posesiones de sus predecesores.

Mas el ánimo de Belisario era emprendedor,

y como soldado diestro y valeroso, no podía ver con indiferencia la ruina de su patria, pues la amaba sinceramente, amaba también la gloria, ese bien que todos apetecen, pero que pocos saben adquirir; y desde luego concibió la gigantesca idea de restablecer el imperio de Occidente y reunirlo al de Constantinopla, idea adoptada por el emperador con tanta mayor satisfacción, cuanto que tenía un deseo ardiente de acrecentar sus dominios, y con ellos su poder.

Semejante proyecto debía comenzarse á ejecutar por volver el Africa al dominio de los emperadores; y al concebir y ejecutar esta idea, Belisario ha sido justamente llamado el Scipion de la Roma Bizantina.

Roma iba á luchar por la última vez contra Cartago, y los preparativos de la guerra de Africa no fueron indignos de esta gran nación.

Reinaba á la sazón en Cartago el ambicioso Gelisner, á quien el deseo de reinar lo precipitó á hacer asesinar á Hilderico para subir él al trono; cuando la política se halla interesada en un rompimiento, rara vez se encuentra detenida para escoger un motivo ó un pretexto, así es que Justiniano, con el de vengar á su aliado, declaró la guerra á los vándalos: hoy se diría acaso que esto era una violación del derecho de gentes; pero en aquel tiempo el derecho de gentes no existía.

Cerca de seiscientos navios tripulados por mas de veinte mil marineros, se preparaban en el puerto de Constantinopla, en el año sétimo del reinado de Justiniano, y hacia algun tiempo que no se veía una armada semejante. Cuando estuvo formada delante de los jardines del palacio, el patriarca le echó su bendición, el emperador dió sus últimas órdenes y con gran pompa guerrera dió á la vela, guiada por el navio capitán, el cual de noche se distinguía por las antorchas que se colocaban en el palo mayor, y de día por el color rojo de sus velas. Atravesó la Propóntide (1) y cuando se disponía á pasar el estrecho del Helesponto (2) un viento contrario le detuvo cuatro dias en Abydos (3); continuó luego, y Belisario mostró durante toda la travesía del Helesponto al Peloponeso (4) su rigidez militar y su gran firmeza; y favorecida la escuadra por un viento favorable desembarca-

ron las tropas en Metona (5) de Mesénia (6) donde descansaron algun tiempo.

De Metona pasaron á la isla de Zacinta (7) antes de atravesar el mar Jónico (8), donde á causa de una calma, hasta el mismo Belisario iba á ser víctima de la sed, si no hubiera encontrado con algunas botellas de agua que su esposa Antonina habia conservado enterradas en arena en un lugar donde no penetraban jamas los rayos del Sol; por esa Antonina favorita de la emperatriz Teodora, por esa muger de baja estracción pero en consecuencia le acarreó los mayores vituperios, y que á pesar de esto dominaba enteramente á su ilustre esposo, y que si no tuvo el mérito de la fidelidad conyugal, le dió al menos grandes pruebas de amistad, acompañándolo aun en medio de todas las fatigas y peligros de sus expediciones, no sucumbió Belisario.

Hasta las costas de Sicilia no encontró la flota, favorecida por el viento, un asilo en el cual se abasteció de cuantas provisiones necesitaba, y haciéndose luego á la vela, perdió de vista dichas costas, pasó por la de Malta, descubrió los campos de Africa donde ancló por fin á causa de cinco jornadas de Cartago.

Tres meses tan solo transcurrieron desde que el ejército salió de Constantinopla hasta su desembarco, lo cual efectuó, dejando solo cinco hombres á bordo de cada navio, y posesionándose en seguida de un campo que fué circundado por un foso y por una muralla, conforme á la costumbre de aquella época. El mayor cuidado de Belisario fué inspirar á sus soldados los principios mas sanos de equidad, moderación y buena policía, y cualquiera que faltaba á ellos era al punto castigado, y desde luego consiguió que en el ejército romano reinase la disciplina mas severa, pues que no queria perder la buena disposición que ácia él tenían los naturales del pais, quienes en vez de abandonar sus domicilios y de ocultar sus provisiones, abastecían con ellas el ejército de muy buena voluntad. Los empleados civiles ejercían ya sus funciones á nombre del emperador de oriente, y el clero, bien sea precisado por las inspiraciones de su conciencia, ó bien por miras de puro interés, favoreció al príncipe católico que trataba de dominar el pais.

Las ciudades de Leptis (7) y Adrumete (8) abrieron sus puertas y pasaron al dominio de

(1) Hoy mar de Marmara.

(2) Los Dardanelos.

(3) Gaijoli.

(4) La Morea.

Tom. 1.

(5) Modon.

(6) La parte sudoeste de la Morea.

(7) Lébida.

(8) Ciudad de Africa que no existe.

Justiniano; y Belisario avanzó hasta Grassa, palacio de los reyes vándalos situado á cincuenta millas de Cartago, donde encontró resistencia. Hasta aquí el candillo romano no tuvo que emplear en esta expedición sus talentos militares, sino sólo una política previsora y moderada, haciendo siempre respetar al laborioso artesano y al pacífico labrador.

No obstante, la inquietud y el terror se apoderaron de Gelsiner cuando los romanos se aproximaron á Cartago y quiso prolongar la guerra, hasta que los veteranos que se encontraron al mando de su hermano, volvieron de la conquista de Cerdeña la que le habría convenido mas diferir para defender su persona y su reino. Los cincuenta mil vándalos que subyugaron el Africa se habían multiplicado de tal modo, que cuando Belisario invadió á Cartago, este país contaba mas de ciento sesenta mil combatientes, y tantos guerreros no pudieron sofocar el débil ejército Bizantino. El combate fué sangriento: Gelsiner se defendió con un valor heroico; pero al fin tuvo que ceder al genio eminente de Belisario, á quien volvió la espalda para irse á los desiertos abrasadores de las costas septentrionales de Africa, y el vencedor entró en Cartago el año de 533, en medio de las aclamaciones del regocijo público y desde luego fué proclamada la derrota de los vándalos, cuya dominación habia durado doscientos cincuenta años, y la libertad de Africa. En esta circunstancia Belisario no es ya el teniente de un César del Bajo imperio, es un triunfador de la antigua Roma, es Paulo Emilio en el Palacio de Perseo; pero reaparece el héroe Bizantino cuando se mira postrado ante los restos de San Cipriano, que tanto tiempo habia estado en poder de los secuaces de Arrio.

Entretanto, Gelsiner vagaba por los desiertos y por las montañas escarpadas donde se habia refugiado, sufriendo, segun refieren algunos historiadores, todos los horrores del hambre, y cuando se le propuso que se abandonara á la generosidad de su vencedor, exclamó: «La esclavitud es peor que la muerte. No deseo mas que un pedazo de pan, una esponja para enfriar mis heridas y una lira para consolarme en mis desgracias.»

Todo esto le fué concedido, y al fin, bien sea obligado por la necesidad, ó bien convencido por la razon, el último príncipe de la sangre de Gensérico se puso en manos de su vencedor, previa una solemne promesa de que su persona seria respetada y tratada de una manera digna del rey de los vándalos; y así el triunfo de Belisario fué completo.

Sin embargo, la envidia jamas duerme, y mucho menos en las cortes de los déspotas que prestan atento oído á los lisonjeros consejeros de sus favoritos, y Justiniano fácilmente se convenció de que Belisario no habia conquistado el Africa, sino para sí mismo; pero tan esclarecido caudillo desmintió desde luego estas infames calumnias, y su presencia en Constantinopla desvaneció tan injustas sospechas.

Belisario llevó consigo al rey prisionero, y cuando entró en Constantinopla fué recibido con los honores del triunfo, ceremonia que la ciudad de Constantino jamas habia visto, pues que hacia mucho tiempo que no eslaba en uso, y que desde el reinado de Tiberio, Roma, tan solo los tenia reservados á los Césares. Pero véamos como describe tan brillante ceremonia el elocente Gibbon. (1) «La procesion triunfal, dice, salió del palacio de Belisario, atravesó las principales calles, y se dirigió al Hipódromo. Esta memorable jornada parecia ser la venganza de las injurias de Gensérico, y la expiación de la vergüenza de los romanos; en ella se desplegó toda la riqueza de las naciones de aquel tiempo, los trofeos de un lujo guerrero, á la vez que afinado, las ricas armaduras, los tronos de oro y los carros de parada que habian servido á la reina de los vándalos, la vajilla macisa del banquete real, las innumerables piedras preciosas, las estatuas y los vasos de una forma elegante, los cofres llenos de oro y los ornamentos del templo judío que se depositaron despues de este largo viaje en la iglesia cristiana de Jerusalem. Una larga fila de nobles vándalos manifestaron entonces á su pesar su grande estatua y su esforzada confianza. Gelsiner se adelantó á paso lento, vestido con un traje de púrpura, y conservando siempre toda la dignidad de un rey, pues no se vieron derramarse las lágrimas de sus ojos, y sus suspiros no hirieron los oidos de ninguno; su orgullo y su piedad tuvieron algun consuelo con estas palabras de Salomon, que repetia frecuentemente: *Oh vanidad! ¿vanidad!* Todo no es mas que vanidad! El modesto vencedor en vez de ir sobre un carro de triunfo tirado por cuatro caballos ó por cuatro elefantes, marchaba á pié á la cabeza de sus bizarros camaradas; tal vez rehusaba por prudencia una demostracion tan brillante para un súbdito: ó tal vez su grandeza de alma desdenaba un honor manciellado por los mas viles tiranos. Al llegar el vencedor á las puertas

(1) Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano. C. XII.

del Hipódromo, fué saludado por las aclamaciones del senado y del pueblo, y se detuvo ante el trono en que Justiniano y Teodora esperaban el homenaje del rey cautivo, y del héroe victorioso. Belisario y Gelsiner hicieron la adoracion de costumbre, y postrándose, tocaron con respeto el pedestal de un príncipe, que jamas habia desdenado su espada, y de una prostituta que habia danzado en el teatro. Fué menester una ligera violencia para vencer la indomable altivez del nieto de Gensérico, y su vencedor, aunque habituado á la servidumbre, debió irritarse en secreto con semejante ceremonia. Este fué declarado en el momento, cónsul para el año siguiente, y el dia de su inauguracion se asemejó al de su triunfo; unos cautivos vándalos llevaron su silla curul en hombros, y se arrojaron con profusion al populacho los despojos de la guerra, copas de oro y magníficos cinturones.»

Empero la mejor recompensa que pudo darse á Belisario, fué la fidelidad con que fueron cumplidas las generosas promesas que habia hecho al rey de los vándalos, pues que el emperador le volvió un vasto dominio en Galicia donde Gelsiner encontró la paz y la abundancia.

Ya una gran parte de los proyectos de Belisario estaban ejecutados, ya se habia aumentado un vasto territorio á las posesiones del imperio, pero faltaba aun la parte mas gigantesca del plan que este hombre extraordinario habia concebido; los godos reinaban en Italia y Roma, la soberana del mundo estaba gimiendo en el cautiverio; preciso era libertarla y volver á colocar las águilas del imperio sobre el soberbio Capitolio. Desde luego el vencedor de los persas y de los vándalos partió con el designio de conquistar la Italia, (535) para lo cual no faltó un pretexto, pues casi siempre se publicaba que tales expediciones se emprendian para vengar los ultrajes ó los asesinatos de reinas ó de príncipes desgraciados, y así se derribaron varios imperios.

Las campañas de Belisario en Italia ofrecen muchos y muy variados incidentes, pero solo recorreremos los mas interesantes; despues de su salida de Constantinopla, recorrió el mismo camino que en su primera expedición; llegó á Sicilia, y esta provincia le abrió sus puertas y se reunió al imperio romano. Palermo, defendida por los godos, opuso resistencia, pero despues de un corto sitio, fué tomada, y Belisario entró triunfante en Siracusa, á la cabeza de su ejército. Despues de haber dejado guarniciones en Sicilia y en Palermo, embarcó á sus sol-

dados en Mesina, y los desembarcó sin resistencia en Reggio, (1) de donde partieron, caminando por la costa cerca de trescientas millas, antes de llegar á Nápoles, que estaba gobernada por Theodato y sus habitantes, divididos en facciones. El cónsul romano atacó la ciudad, y en esta ocasion echó una mancha á las brillantes páginas de su historia, de la cual jamas podria ser purificado, pues para desvanecerla un poco, seria preciso apelar á la ferocidad característica de aquella época. Cuando entró en Nápoles, por un horrible abuso de la victoria, fueron pasados á cuchillo sin distincion de sexo ni edad, una gran parte de los habitantes de esta desgraciada ciudad. . . . Ati-la habria hecho otro tanto! Pero procuremos olvidar hecho tan horroroso.

Belisario despues de haber fortificado á Nápoles, prosiguió su marcha, y tan luego como los godos supieron que se aproximaba, abandonaron á Roma, donde entró sin derramar una gota de sangre en el mes de diciembre de 536, en medio de las aclamaciones de la multitud; y las águilas romanas volvieron á brillar en las plazas de la ciudad eterna, que habia sesenta años estaba subyugada por los bárbaros, despues de haber contemplado en otro tiempo sus brillantes triunfos y enseñoreádose con su inmenso poder.

Bien pronto los godos [marzo de 537] aparecieron ante los muros de esta capital, y en el primer asalto intentado por tan temibles enemigos, Belisario corre un inminente peligro, pues rodeado de los enemigos, es agobiado por el número de sus dardos, y el ejército retrocede hasta las puertas de Roma; mas estas estaban cerradas á causa de la noticia que se habia difundido de que Belisario habia muerto. Todo desfigurado con el sudor, el polvo y la sangre, no se reconoce, sino por su heroico valor. Anima á sus soldados y emprende una carga formidable, á cuya impetuosidad los godos no resisten, y huyen creyendo que otro ejército habia salido de la ciudad y venia á socorrer á los romanos.

La puerta *Flaminiana* se abre al fin para recibir al caudillo vencedor, á quien á pesar de la fatiga que lo agobiaba, no pudieron persuadir, ni su esposa ni sus amigos, á tomar ni descansar ni alimentarse, antes de haber recorrido la ciudad y dejádola con entera seguridad.

Los godos invaden de nuevo la ciudad, y Belisario, siempre soldado diestro, personalmente ejecuta grandes proezas militares.

Cuán grato es encontrar hechos semejantes,

(1) Hoy Reggio.

dignos de los héroes de Homero, en la vida de un hombre de la edad media.

Se ha condenado la conducta que Belisario observó con respecto al papa Silverio; mas si en efecto este pontífice había llamado á Roma al rey de los godos, el representante del emperador debió justamente irritarse; pero lo que no tiene excusa es, la orginalidad con que se empleó el oro imperial para elevar á Vigilo á la silla de San Pedro. Sin entrar en los pormenores de esta intriga, recordaremos solo la entrevista que Belisario tuvo con el desgraciado pontífice.

Este, segun refieren algunos historiadores, iba seguido de todo el clero, pero solo él fué admitido en la habitacion del héroe del Bajo imperio, y encontró al vencedor de las persas, de Cartago y de Roma, modestamente sentado á los piés de su esposa, que estaba recostada en un magnífico lecho, y esta muger imperiosa fué la que tomando la palabra, agobió al pontífice con sus terribles reconvencciones y sus crueles amenazas; pues que ella era el instrumento de que se valia la emperatriz Teodora, para colocar en la silla de San Pedro á un hombre opuesto, ó al ménos indiferente al concilio de Calcedonia.

En el sitio de Ravena, Belisario aparece verdaderamente grande y muy superior á las intrigas de la corte imperial; ya estaba proxima á sucumbir la agonizante soberania de Vitiges, cuando un decreto tan imprudente como inexplicable de Justiniano, le dejaba algunas provincias, y prescribía á Belisario el prescindir de la victoria; mas este se atrevió á desobedecer y declaró que no pondría las armas hasta no conducir á Vitiges á Constantinopla cargado de cadenas. El cumplió su palabra, y si tuvo la desgracia de que el emperador le resuscitase el triunfo con respecto á la Italia, la gloria del héroe se aumentó con esta injusticia de la corte de Bizancio, pues que Belisario bien pudo haber ceñido su frente con la corona de Vitiges; pero rehusó la proposicion que le hizo la nacion goda. ¡Acción magnánima y sublime, que basta por sí sola á colocar al restaurador del imperio de Oriente entre los héroes mas famosos de todos los tiempos!

Su nombre era por todas partes aclamado, las madres lo presentaban á sus hijos como un modelo digno de imitarse y como el libertador y el apoyo del imperio; los jóvenes lo miraban con admiracion, y los niños lo acataban como una divinidad.

Belisario había vivido feliz; pero tuvo la desgracia de ser súbdito de un monarca domina-

do por los caprichios de una muger inmoral y de viles cortesanos; fácilmente perdió el favor del emperador, y despues de haber humillado á dos reyes y á muchos guerreros altivos, se vió humillado, hasta que á instancias de su esposa recobró la benevolencia de Justiniano y los honores del mando.

Bien pronto tuvo ocasion de volver á mostrar sus talentos militares; el año de 544 rechazó á los persas que invadieron la Siria, á cuyo triunfo siguió otra desgracia; pero sus servicios volvieron á ser necesarios, pues en la campaña del año siguiente, bastó su presencia para hacer que el rey de los persas se encerrase en sus posesiones.

Entretanto, Totila, descendiente de Teodorico, aprovechándose de la mala conducta de los encargados de la administracion en Roma, se sublevó y logró restablecer el poder de los godos. Belisario fué enviado contra él; pero con tan pocos recursos, que no pudo por esta vez salvar la ciudad cautiva del genio destructor del jefe de los godos; no obstante, todavia en esta ocasion recurrió á un ardid militar; los godos se retiraron, y Belisario entró en la ciudad, la que en cierto modo, segun la bella espression del conde de Laceded, no era ya mas que una vasta soledad en medio de la cual se elevaban silenciosamente los monumentos que el acero y las llamas habían respetado; antiqus, fristes y admirables testigos de una prosperidad desvanecida y de una gloria eclipsada, como esas pirámides colosales que aun se ven en medio de los arenosos desiertos del Egipto.

Las llaves de la ciudad de Augusto, fueron por segunda vez enviadas al emperador de Oriente; pero aunque Roma estaba libre de la dominacion de los bárbaros, el resto de la Italia gemia cautiva, y para salvarla se necesitaban recursos que la corte de Bizancio no enviaba: así es que Belisario cansado ya de ver los progresos de Totila, se creyó dichoso obteniendo su llamamiento.

Cuando Belisario volvió á Constantinopla, estalló una conspiracion contra la vida de Justiniano; pero los conjurados habían resuelto que antes de descargar el golpe fatal sobre el emperador, era preciso pasar sobre el cuerpo de Belisario, cuya lealtad les causaba grandes temores. El complot fué descubierta, y Belisario disfrutó por algun tiempo de los honores que le prodigaba su elevado rango; pero tuvo que abandonar el reposo para entregarse de nuevo á las fatigas de la guerra.

Zabergan á la cabeza de los Búlgaros y de los Esclavones, había en el mes de marzo de

559, pasado el Danubio, asolado la Mesia y la Tracia (1) y acampado á veinte millas de Constantinopla.

Bizancio tembló.... pero Belisario reanima á los habitantes, y diez mil combatientes se precipitan á las armas y corren tras los pasos del viejo guerrero, quien al dia siguiente entra victorioso en la ciudad, en medio del regocijo universal.

Dos años despues, Belisario fué acusado de estar implicado en una conspiracion, la fama de este grande hombre era extraordinaria, y la envidia supo inspirar desconfianza á la corte. El emperador olvidó cuanto debia á tan ilustre capitán, y la historia jamas podrá vindicar á Justiniano de su ingratitude para con un guerrero tan ilustre. Sus bienes fueron secuestrados, y él gemió en una prision, hasta que al fin fué reconocida su inocencia, pero poco sobrevivió, pues ocho meses despues de su última

(1) Hoy parte de la Turquía de Europa.

victoria bajó al sepulcro. „Su nombre jamas perecerá, dice un historiador; pero en vez de los funerales, de los monumentos y de las estatuas que tan justamente merecia, concueto en los historiadores que el emperador confiscó los tesoros que poseia á consecuencia de sus triunfos sobre los godos y sobre los vándalos.”

La filosofia, la pintura y la poesia parece que han tomado á su cargo el recordar las desgracias de tan ilustre guerrero, representándolo ciego y conducido por las calles de Constantinopla, repitiendo estas palabras: „Dad un óbolo al pobre Belisario.” Pero el que estudia la historia, respeta á los moralistas, admira á los pintores y no cree á los poetas; pues que sin este incidente fabuloso, la vida de Belisario es un continuo vaiven de dicha y desventura, que da una gravelección á los que sirven á su patria cuando está subyugada por un tirano.

Pero desgraciadamente los hombres rara vez se aprovechan de las lecciones de la historia.

Enero de 1844.—P. M. TORRESCAÑO.

CONSTRUCCION Y USOS DEL TERMÓMETRO.

El termómetro es un instrumento muy conocido, y cuyo uso continuo y frecuente aplicación, tanto á las ciencias como á las artes, hacen importante su conocimiento, por cuyo motivo vamos á explicar aquí el modo de construirlo y de usarlo.

Es generalmente sabido, que cuando un cuerpo se calienta sin variar de constitucion, se dilata ó aumenta su volumen, y este al contrario disminuye y cuando aquel se enfría. En esta propiedad general á todos los cuerpos, está fundada la construccion del termómetro, instrumento que suministra un medio seguro de conocer las diferentes temperaturas que tiene un mismo cuerpo en diversas circunstancias.

Este se compone de un tubo de vidrio de diámetro muy pequeño, con una bolita de la misma materia en su parte inferior: este tubo está unido á una plancha de madera ó metal, (se prefiere este último por ser mas duro y ofrecer ménos dilatacion con un mismo grado de calor), donde están marcadas las divisiones que sirven

para conocer á qué temperatura se ha elevado el cuerpo que se experimenta. El tubo tiene en el interior una cantidad determinada de una sustancia, que por su aumento ó disminucion de volumen, marca, por medio de las divisiones de la plancha de que hemos hablado, el grado de calor ó frío que puede experimentar en aquel momento el cuerpo á cuya influencia se somete. La sustancia que se usa para este fin, es generalmente el mercurio, conocido igualmente con el nombre de azogue. Tambien se puede emplear el espíritu de vino; pero esto no ofrece tanta exactitud como el primero.

Véamos ahora el método que se debe seguir para construir el instrumento, de modo que satisfaga á todas las condiciones enunciadas. En primer lugar, el mercurio que se emplee, debe ser lo mas puro posible, y como casi nunca se encuentra en este estado en el comercio, es preciso indicar un medio de purificarlo. Para esto se echa en una badana, y se liga esta fuertemente de modo que se forme lo que se

llama vulgarmente una muñequilla: se aprietta esta con fuerza entre la mano, y el mercurio se escapa por los poros de la badana, dejando en el interior de esta las piedras, tierra y demas sustancias con que puede estar mezclada. Para separarlo en seguida de los metales con que se halle combinado, se calienta hasta que se volatilice ó evapore, pues tiene la propiedad de llegar á este estado antes que los demas metales; con tal objeto se pone en una retorta (1) de vidrio ó porcelana, á cuya estrechidad se adapta un largo tubo de la misma materia, y á este un globo tambien de vidrio. Este último debe estar sumergido en un poco de agua bastante fria, y la retorta se coloca sobre un fuego débil al principio, y cuya intensidad se aumenta gradualmente hasta hacer evaporar el mercurio; para impedir que el vapor de este se escape por las uniones del tubo con la retorta y el globo, se tapan estas con betún. Al evaporarse el mercurio, se separa de los demas metales, y se reúne en el globo de vidrio, el que como está á una temperatura mucho mas baja que el resto del aparato, le hace volver á su estado líquido.

Una vez obtenido así el mercurio puro, se introduce en el tubo de vidrio que hemos indicado; pero es necesario que este satisfaga á algunas condiciones para que el instrumento sea exacto. Primeramente debe ser de un diámetro muy pequeño, y ademas igual en toda su longitud: se conocerá que esto se verifica, poniendo en él una gota del metal, y haciéndola correr; si esta ocupa siempre un espacio igual, será señal indudable de que llena la condicion pedida.

Se introduce despues en el tubo el mercurio necesario; pero esta operacion es mas difícil de lo que parece á primera vista, pues que siendo aquel tan delgado, el aire que contiene opone resistencia á la introduccion: para facilitarla se calienta la bola que se halla á la estrechidad inferior, y como hemos dicho que los cuerpos aumentan de volumen cuando sube su temperatura, el aire que se halla interiormente se dilatará, y una parte de él saldrá fuera del tubo; entónces se voltea este, y se introduce su estrechidad abierta en una taza de mercurio, manteniéndolo en esta posicion hasta que se enfrie, á cuyo tiempo se volverá á enderezar, teniendo cuidado de tapar ántes la abertura con el dedo, para impedir que se salga el mercurio que ha entrado ya. Como será muy

(1) Se llama retorta un frasco, cuyo cuello, que es largo y delgado está muy doblado en su nacimiento.

raro que entre de una vez todo el que se necesita, es necesario repetir esa misma operacion muchas veces, hasta conseguir el fin propuesto.

Para que el instrumento marque bien las diferencias de temperatura, es preciso que el mercurio pueda correr libremente en el tubo, y por consiguiente, se necesita que dentro de este no haya ningún otro cuerpo. A fin de obtener esta condicion, se calentará el tubo primero, y en seguida la bola, por cuyo medio se dilatará el aire que contienen y arrojará fuera la humedad y demás impurezas que pueda haber.

Como la cantidad de mercurio que deba entrar en el tubo no puede ser arbitraria, se determinará introduciendo éste sucesivamente en el yelo y en la agua hirviendo.

Supongamos introducido ya todo el mercurio que se necesita; para que sus dilataciones y contracciones sean siempre uniformes, es indispensable que aquel esté perfectamente purgado de aire. Con este fin se calienta la bola hasta que hierva el mercurio: éste sube entónces arrojando todo el aire, y para evitar que el mercurio se derrame tambien por la ebullicion, se forma en la abertura una especie de tacita ó receptáculo del mismo vidrio. Cuando el mercurio ha llegado á este punto, se deja enfriar, y luego que comienza á bajar, se cierra herméticamente la abertura con el fin de que no se vuelva á introducir el aire que ha salido.

Concluidas estas operaciones, queda que graduar el instrumento á fin de poderlo aplicar con exactitud y buen éxito. Para esto se sumerge en un vaso lleno de nieve ó yelo al tiempo de derretirse, se vé bajar inmediatamente el mercurio; se mantiene el tubo hasta que haya seguridad de que ya aquel no baja mas, y se marca cuidadosamente este punto. En seguida se introduce en un vaso de agua hirviendo; se ve hasta donde sube el mercurio, y se señala este punto como el anterior; determinando así un espacio fijo entre los dos, se adapta en seguida el tubo á la plancha, marcando igualmente en ella los dos puntos, de modo que se correspondan perfectamente con los de aquel, y el espacio comprendido entre ellos se divide en un cierto número de partes iguales.

Tres son los sistemas de division empleados en los termómetros; el mas general y cómodo de todos, es el llamado centigrado, porque el espacio referido se divide en cien partes iguales, señalando cero en el punto determinado inferior, y ciento en el superior. Otra division es la del termómetro de Reaumur, llamado así

del nombre de su autor, y en la que marcando cero en el punto inferior, el espacio se divide en ochenta partes iguales. La division inventada por Fahrenheit, cuyo motivo le ha dado su nombre á los termómetros en que se usa, consiste en marcar un número treinta y dos en el punto inferior, y doscientos doce en el superior, dividiendo el espacio comprendido entre ambos en ciento ochenta partes iguales. Estas son las divisiones generalmente adoptadas, y para evitar confusion se indica el termómetro que ha servido para tomar la temperatura de algun cuerpo: así, se dice por ejemplo, cuarenta grados de Reaumur, cincuenta y dos de Fahrenheit etc. Por otra parte, se vé que cuando se tiene una temperatura expresada en grados de un termómetro dado, es fácil reducirla á que exprese la misma en otro termómetro de division diferente, por medio de una simple proporcion ó regla de tres, puesto que conocemos las divisiones de cada uno de los sistemas.

Ya tenemos enteramente concluida la construccion del termómetro; en cuanto al modo de aplicarlo hay poco que decir, siendo su

uso tan general, aun cuando solo sirva para conocer la temperatura del aire. Solo si advertiremos, que cuando se quiera conocer exactamente la temperatura de un cuerpo, ya sea sólido, líquido ó fluido, es necesario que no solo á la bola se comunique esta temperatura, sino tambien á la parte del tubo que contiene mercurio, precaucion que comunmente se desatiende.

Suele suceder algunas veces, sobre todo en los viajes, que el mercurio se separa formando diversos cilindros en el tubo; si acaso no ha sido construido el instrumento con todo el cuidado que hemos indicado, y ha quedado un aire interior, es difícil volver á hacer unir el mercurio; pero de todos modos, lo mejor es atar la parte superior del tubo al estremo de una cuerda, y darle en seguida vueltas con cuanto velocidad sea posible.

Acaso nos hemos detenido demasiado en la description, construccion y usos de un instrumento tan conocido; pero nos ha parecido que así lo exigia su constante aplicacion á todas las ciencias y artes, y aun á las necesidades mas comunes de la vida.—F. C.

UN AUTOR DE COMEDIAS.

Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contare...—Si, diga
Usted, nadie lo sabrá;
Diga usted.—Pues bien, el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insignie,
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Signiera deletrear.
MORATIN—A. GRANONCO.

El amor propio, ó llamándolo por otro nombre el amor moderado de si mismo, es uno de aquellos sentimientos inherentes á la naturaleza del hombre, sin el cual quizá no podria vivir en sociedad. Este animal bípedo y sin plumas, como lo definió Platon; es un verdadero sentimiento que no puede clasificarse entre las pasiones, sino cuando llegando á un grado superior de exaltacion, cede su lugar al orgullo; es pues el orgullo una pasion, una cualidad

accidental en la naturaleza humana, que revole un estado febril del espíritu, del que raras veces se logra sacarlo aun con los cauterios mas irritantes. Metafísica parecerá esta distincion aun á los lectores de ingenio mas sutil y alambicado, y muchos desearian conocerme tan solo para preguntarme, cual es el lindero que separa las tierras del amor propio, de las posesiones del orgullo, á cuya pregunta, si ellos consiguiesen interpelarme, yo contesta-

ria que tampoco lo sé, y que para creerlo les basta que nosotros mismos establezcamos esta diferencia aun en la conversacion familiar, á la que no se la puede tachar de metafísica y estudiada. Muy frecuente es, por ejemplo, decir:—Con tal espresion, con tal accion se *lastima* el amor propio de fulano;—y con tal espresion, con tal accion se *afia* el orgullo de citano; pues en el primer caso tratamos de espresar que aquel sentimiento delicado de cierto mérito propio, esencial en fulano, padece, como padece, si capaz fuese de sentimiento, una flor que se mirase con desden; mientras que en el segundo queremos indicar aquella revolucion total de la máquina de citano que lo hace experimentar sufrimientos semejantes á los que esa misma flor esperimetaria, si á mas de mirársela con desden, se la arrancarse y estrujase. De esta diferencia, resulta, pues, una consecuencia clara y necesaria, y es, que el amor propio ó amor moderado de sí mismo, no es vituperable, sino por el contrario, digno hasta cierto punto de alabanza, siendo así que el orgullo no solo es vituperable, sino digno de la sátira y del ridículo.

Contagiado de la manía del siglo, las clasificaciones son un fuerte: el botánico clasifica sus plantas, el zoólogo sus animales, y el mineralogista sus piedras, ¿quién, pues, me impide clasificar á mí el orgullo? ¿Ay del misero que levantara la voz para tal, y cuan á punto se pondría de ser declarado, no un animal *bipedo*, sino algo con mayor número de piés por tantos como acatan y reverencian este asombroso producto de la menuda análisis, causa de la locura rematada de nuestra época; bien que la mayor parte no comprendan, ni qué es *clasificación*, ni qué es *análisis*, dando por disculpa de ello la ignorancia del griego, y... Pero siguiendo con mi intento, y declarándome desde ahora maníaco, tan solo por ir con el torrente del siglo, digo que para mí puede distinguirse el orgullo en tres clases, y son: primera, aquel orgullo que es el resultado de la convicción íntima de que se posee un físico hermoso, aquel orgullo que es el resultado de la convicción íntima de que se posee un físico hermoso, al que si los que precian de apuestas á mal no lo han, bautizaré con el nombre, poco sonoro, pero en cambio muy significativo, de *fatuidad*; segunda, el que proviene del embellecimiento y especie de estúpida enagenacion que causan sendas talegas de numerario, y al que llamaré simplemente *necedad*; y tercera, el que nace de la conciencia que se tiene de claros talentos, ó instruccion algo sólida, y al que no hallo inconveniente en llamar á secas, *orgullo semi-racional*, por parecerme que si me

viera en la dura precision de tolerar alguno de los tres, la cruz de este sería la que ménos me pesara.

En la primera clase de este gran reino social, figuran aquellos nuevos Narcisos, que viendo-se al espejo dia por dia, y hora por hora, y enamorados de sí mismos tienen la desgracia de no convertirse en flores, sino en fatuos: en la segunda, esos entes materiales, positivos, conjunto mezquino de carne y sangre, verdadera personificación de nuestra época, que á fuerza de no pensar sino en plata y en oro, logran que se les metalice el cerebro, y solo alcanzan por premio de sus afanes la necedad; y en la tercera, los sabios y literatos, que preganando su saber y sus talentos, miran de reojo á todo profano no iniciado en los misterios de la ciencias ó de la retórica, y dispensan proteccion á los escritorzuelos noveles que ellos creen que bajo su sombra pululan. Según esto, pregunto ahora: ¿deberá concederse la razon al individuo que pertenezca á alguna de estas clases? No, si bien se considera; mas es tal siempre la tendencia de nuestro espíritu á lo real, que no llevamos al estremo el rigorismo, cuando las causas que producen estas tres clases de orgullo son positivas, es decir, cuando tales ó cuales individuos tienen un físico hermoso, grandes riquezas ó claros talentos, mientras que cuando estas causas son ficticias ó imaginarias, no lo podemos llevar en paciencia, y nos desatamos, ora en invectivas amargas, ora en sátiras picantes contra tan insustanciales personages. Por lo que á mí toca, confieso, que condenando sin remision el orgullo de las dos primeras clases, ya sea proveniente de causas ciertas ó falsas, solo me hallo capaz de alguna indulgencia respecto de la tercera, cuando su orgullo es el resultado de causas realmente existentes, declarándome, de no ser así, tan en su contra, como lo he estado respecto de las dos primeras de los *fátuos* y los *neócos*. Limitándome, pues, á este último caso, es decir, al orgullo literario en un individuo sin talentos y sin saber, ó con aquellos y sin este, voy á charlar á su ejemplo lo que buenamente se me ocurra, bueno ó malo, oportuno ó fuera de tiempo.

Si un hombre dotado de ingenio, y que ha pasado su vida sobre los libros á riesgo de quedarse con los sesos enjutos: si un sábio, si un literato digno de llevar este nombre se os presentase, carísimos lectores, no con la modestia que debe caracterizar á estos individuos, sino con aquel orgullo y satisfaccion de sí mismo, hijo solo de la ignorancia, no dudo que le

tratariais con indulgencia le compadecierais, porque diligente en adquirir tantas virtudes, no habia sabido dominar un vicio en su naturaleza; mas si ante vosotros apareciese uno de esos hombrecillos de ingenio bola é instruccion caos, cuellirguido y parlanchin, y que altanero os mirase allá detrás de dos vidrios sin graduacion, y que os hablase con aquel aciento de proteccion que en este mundo gasta siempre el superior con el inferior, como si en cada una de sus espresiones os quisiera decir "Pobres tontos," *risum tenentis?* ¿Le compadecierais? ¿Le perdonarais ese atrevimiento, resultado de la mas crasa estupidez? No os creo yo tan moderados é indulgentes, lectores míos, que á tal espectáculo dejáseis de hacer la figura que Sancho ante su amo el Caballero de la Triste Figura, cuando estaba este confuso y pensativo, por haber descubierta que los que él habia juzgado golpes de desaforados jayanes, no eran sino de mazos de batan. Soltarais la presa de vuestro desprecio en sus barbas, porque él mismo sería el agente de vuestras cosquillas, el excitante mayor de vuestra risa; y desde ese mismo momento le marcariais con el sello de la estupidez para que á todas horas y en donde quiera, os sirviera de hazme reír.

Pobladísima está por desgracia la sociedad de estos entes semi-racionales, que porque hoyedron las páginas de una novela ó asistieron á la representacion de un sainete por la tarde, se llaman literatos, como si esta palabra quisiera decir, hombre que conoce las letras del alfabeto, porque esto es á lo que mas llega su saber: por todas las calles se tropieza con estos pegostes de la literatura, que beben su instruccion en los catal-gos que gratis les reparten en las tiendas de libros, en donde pasan el dia de codos, creyendo sin duda que la ciencia les ha de entrar por las narices con el polvo que se levanta de los folios, y que ellos aspiran con avidéz: por todas partes no se descubre sino á ellos, llenando las anchas aceras, moviendo rápidamente los labios, á guisa de quien va diciendo allá para su colete: „No hay duda, yo soy un ingenio," y creyéndose el asunto de la conversacion de cuantos los miran; y esto en buena parte, porque á decir verdad, si ellos tomaran la cosa en mala parte, creo que no se engañarian, pues su misma estupidez los hace notables á cuantos tienen, no sé si diga la dicha ó la desgracia de observarlos. Esta clase inunda los paseos, los teatros, las tertulias, y tiene á veces la felicidad de encontrar almas candidas, que creyéndolos bajo su palabra, pregan que cuando ménos son unos sabios aque-

llos que les hablan en idioma griego para ellos; y que mas chinghes que el nunca bien ponderado personaje del *Iban forte via sacra* de Horacio, los refieren menudamente cuanto hacen, cuanto dicen, y los triunfos que en corrillos tan sandios como ellos, alcanzan diariamente.

Estos tales tienen ademas otra cualidad muy suya, y es la que no pararse en pelillos para cometer cualquiera vileza, la accion mas baja de adulacion, con tal de medrar con esto reputacion y pesetas, y tal cual roce con gente de alto coturno, porque es de advertirse que así deliran ellos porque los llamen *ingenios*, como por tener el riñon asaz cubierto, y tutear ya que no al presidente, al ménos al ministro, bien que las mas veces no consiguen de él, sino que, apreciándolos en lo que son, les arrojan con desden un mendrogo y tal cual caricia para tenerlos siempre dispuestos á besar el polvo de sus piés. „Ojalmas grandes, planetas literarios que brillais con luz prestada, y que os creois la esperanza literaria del pais! ¿cómo onvido vuestra hambolla y charla, y sobre todo, vuestra estocica indiferencia respecto de las cosas de este mundo, para salir de esta miseria á que mi estupidez me ha condenado! Seguid, seguid, la carrera que el destino os señaló, sin hacer caso del *qué dirán* de estos hombrezuelos á quienes veis, como granos de mostaza, desde la altura de vuestro firmamento. „Oh y como horroria la patria el día que ya sin luz aparecéis en su horizonte, antecias luminosas!

Enemigo de la doctrina sin que á su lado vaya el ejemplo, me apresto á referiros, oh benevólos lectores, un caso que se me ha venido á las mientes, y que vosotros llamaréis luego cuento, consejo, ejemplo, historia, ó como mejor os acomode. Es, pues, el caso, que hay en México un individuo que tiene por nombre de bautismo Antonio, y por nombre apelativo Palipútrimo de Nonada, que es como si dijéramos que se llamaba D. Antonio Palipútrimo de Nonada, el cual individuo, hijo de un honrado vinaltero, que allá por los años de veinte y veintuno habia monopolizado en México el ramo de vinos y aguardientes, fué colocado por su buen padre desde muy jóven detras de un mostrador, en donde tenia vinculado su patrimonio, y de donde si bien catador no salió, no sé qué saldría, bien que puede creerse que en lo que ménos pensaba era en los vinos, distraido con lo que fué causa de la mania que ahora lo domina. Era en ese entonces un buen jóven, recomendable por su trato fino y su moderacion, cosas ambas que me obligaron á contraer

con él una amistad íntima. Mas para su eterna desventura cayeron un día entre sus manos los coloquios y sainetes del *Pensador Mexicano*, y otras piececillas vaciadas en el mismo molde, destinadas todas primitivamente para envolver sin duda sal y pimienta; mas que apropiándose las él, las leyó, las devoró, no considerando al fin de su lectura, sino el haber concebido una idea, la idea maldita de haber concebido un drama, la idea maldita de haber concebido en renglones cortitos, á los que despues ha puesto el apodo de versos, idea que estuvo fermentándose allá en su cerebro, hasta que en una navidad, día menguado para él, aunque él no lo crea así, dejando á un lado todo vano temor, dió á luz un farrago que llamó coloquio, y que á juicio de la madre, la cual era iluminada por la hermana, á la que servía de pedagogo la criada de la casa, que tenía fama de leida, era una obra maestra, *chef de oeuvre*, como él la llamaría ahora que ha dado en que parla el frances, cuando mal tartamudea el gabacho. No se necesitó mas para que Antonio, de edad ya de veintitres años, á semejanza de la donosa negra de la conseja que quizá á todos nos han arrullado en la niñez nuestras nodrizas, se dijera á sí mismo: „Yo un ingenio, y detras de un mostrador» Sáltole, y voime por esos mundos á recoger laureles, como quien dice, á comer bellotas al monte en la época en que la encina fructifica; y esta fué la primer llamarada de ese orgullo que tanto ha crecido despues. Salíó en efecto, y su primera diligencia fué tomar un abono en el teatro, (él creía que su musa era la clásica Talía,) en donde al cabo de dos meses habia visto ya cuatro comedias de Breton, diez y ocho de Scribe, y veintidos *vau-de-villes*, de autores familiares de París, arreglados al teatro español, por el incansable semi-autor y semi-traductor D. Ventura de la Vega: leyó en ese tiempo la poética de Boileau, supo embaucar al ministro, y entró á desempeñar un empleo civil, adquirió alguna amistad con individuos que el público mira ya como literatos, con los cómicos en fin, y á los cuatro meses de su vida extra-tenderil, regaló al público con una *Comedia en tres actos y en verso*, original de D. Antonio Pariplúrrimo de Nonada, y dedicada á un gran personaje, comedia que los cómicos recibieron con aplauso, y representaron con placer, (porque acá para inter nos no tienen los tales el mejor criterio que digamos), y que el público imprudente estuvo á punto de saludar con la *sorda mavela* de Moratin, lo cual, si no lo hizo fué por estar dedicada á un gran personaje, y no por aprobación de la pieza, como lo creyó el pseudo autor,

que desde entónces dió todo su vuelo á ese orgullo nunca visto, ni imaginado que cabalga en sus narices; y digo que cabalga en sus narices, porque él cree que en traer anteojos, está el quid, la fuerza del ingenio cómico, dando por razon incontestable, que Breton los usa, y que aun entre nosotros Gorostiza no los desdena. Valame Dios, y cuap hueco, y cuan orondo andaba nuestro D. Antonio en cafés y concurrencias, pregonando lo que él creia su triunfo, y enseñando á toda ánima viviente aquellos *ae grati somnia*, aquel feto informe de un parto prematuro, cuyo cuerpo habia sido formado en su totalidad por Breton, y cuyos ojos, única parte que á él le quedara, estaban apagados y vacíos, gracias á su destreza. ¡Y cuántas sandeces hizo! Y como se dió á conocer el angelito en el público, en donde corre la fama de que á tanto llegó su frenesí, que pasando por acaso por una barbería, entróse en ella, y sin mas ni mas le preguntó á su dueño que á la sazón ejercia su oficio.

—¿Me conoces?

A lo que no recibiendo respuesta ninguna prosiguió.

—Pues sabe que soy autor de una comedia en tres actos y en verso que hace cuatro días fué representada con general aplauso; y esto lo digo para que en adelante me conozcas y me respetes.

Y dando la vuelta se salió dejando con su tan desatinado *ex abrupto* estupefaco á aquel grave rapista, que sacando los ojos cuanto podia y con la navaja á una buena distancia de su oficio se vió en peligro de ser abofeteado por el paciente, cuyo labio tenía con su mano izquierda á dos cuartas de su posicion natural. Desde entonces nuestro dramático anda tieso como una estaca y no saluda sino al ministro, y al rico propietario que desde el fondo de su coche le hace una caravana. Mas olvidando lo pasado, dejemos á los muertos y veámos lo que está fresco y aun humeado.

No hace ocho dias que iba yo por una de las calles principales de nuestra capital, y por su frente caminaba tambien un hombre de estatura mas bien baja que alta, con su sombrero de dos cuartas de elevacion, su capa de esas que nuestros elegantes, que poco se curan de anacronismos, llaman *romanas*, y sus inapetables anteojos; viló, y conoció en el acto á aquel que en un tiempo habia sido mi amigo, Pariplúrrimo de Nonada. El me vió tambien; mas como su orgullo no le permite dispensarme un saludo, á mí, pobre diablo, que ni he hecho comedias, ni me tuteo con el ministro, ni... sacó

su pañuelo, estornudó, y me volvió la espalda. Otro se hubiera dirigido sobre él, y á coces le hubiera espicado su indignacion; mas yo que soy medio socarron, y asaz sufrido con animales que no saben lo que hacen, me dirigí hácia él, y dándole una palmadica en el hombro.

—Oh! antorcha de nuestra literatura, esclamé, esperanza (risible le iba á decir; pero me arrepentí) risueña de los empresarios de nuestros corrales, ¿á dónde te diriges, *ou vas tu petit Mollere mexicain?*

De grado ó por fuerza se detuvo y con una cólera mal reprimida:

—Voy me contestó... voy por ahí... y voy de prisa.

Bándome á entender lo molesto que le era estar allí conmigo. No obstante, yo continué, dándole ya por su juego.

—Oh! espera un poco, no te enfades por una broma, pues voy á hablar ya de veras. Al verte no pude menos de conocer que ibas distraído, pensando en alguno de esos grandes proyectos que solo tú eres capaz de concebir.

Mudando en el acto de aspecto y decidido ya á permanecer allí, cuanto yo quisiera, me contestó.

—Tú me sonrías....

—Oh! no, tú mereces esto y mucho mas... ¿Qué vamos apostando á que tenemos nueva comedia?

—No te equivocas.

—Oh! si yo tengo una vista que á vuelo de pájaro te conozco; pues conozco tus proyectos.

—Eres algo perspicaz, pues hoy mismo he concluido la tercera creación de mi musa cómica, mejor en mi concepto que las anteriores, y en la que si no me equivoco en esto de sales cómicas, saco alguna ventaja á Breton.

—Pues, si eres el hombre mas chusco que he conocido: Mollere, Moratin, Breton, Gorostiza, junto á ti, son unos chocarrerros que cansan, que fastidian, que duermen....

—Yo no digo tanto por ahora.... pero con el tiempo....

—Oh! con el tiempo llegará día en que las carcajadas del público te abrumen, y.... Pero veámos siquiera el título de esa famosa....

—Oh! es un título....

—De aquellos que valen por el argumento no es eso?

—Tú lo verás.

Sacó en este un cuaderno que á lo que pude calcular estaria compuesto de veinte pliegos, y se puso á leer el título, habiendo antes tosido, escupido, y tomado un aire grave.

—Se titula esta comedia, me dijo despues de algun tiempo, *El Liberal arrepentido, ó sea la prudencia de un Ministro*....

—Ja, ja, ja; y cómo que va á hacer furor la tal piececilla, especialmente ahora que los dichos liberales están, como quien dice, de capa caída, y que el Ministro....

—Está ademas, como ya te dije, llena de sales cómicas.

—Así lo creo.

—Tiene escenas que van á hacer un efecto sorprendente.

—Si tú eres.... un grande hombre le iba á decir; mas, como es chiquito de cuerpo, dejé la frase cortada por caer en él la palabra de doble significacion.

—Oh! la moralidad es lo que mas la recomienda: tú verás que concluye con que el Liberal arrepentido recomienda al público el bando ministerial.

—No hay duda, tú vas á ser laureado, y desde ahora te doy el parabien: ven á mis brazos.

Y lo abracé con grande alaraca, para no soltar la carcajada, pues hacia tiempo que la risa retozaba en mis labios.

—Pero á donde vas por fin? te volví á preguntar.

—A ver al Ministro.

—Y con qué objeto?

—Con el de dedicarle esta pieza y ponerla á sus pies.

—Ven otra vez á mis brazos: tú serás, pese al vulgo maldiciente; tú serás el hombre de mas provecho entre nosotros; tú serás aplaudido, ensalzado....

—Así lo espero, pues mi obra no merece menos.

Me dió la mano, siguió su camino, y yo me quedé allí absorto, contemplando embebidamente aquel ser bruto, individuo de la tercera clase de mi gran clasificacion; y solo despues de que él hubo vuelto la esquina pude soltar la carcajada y proseguir mi camino.

CIUDAD DE MÉXICO.

I.

Su situación geográfica.—Rápida ojeada sobre su historia desde su fundación hasta nuestros días.

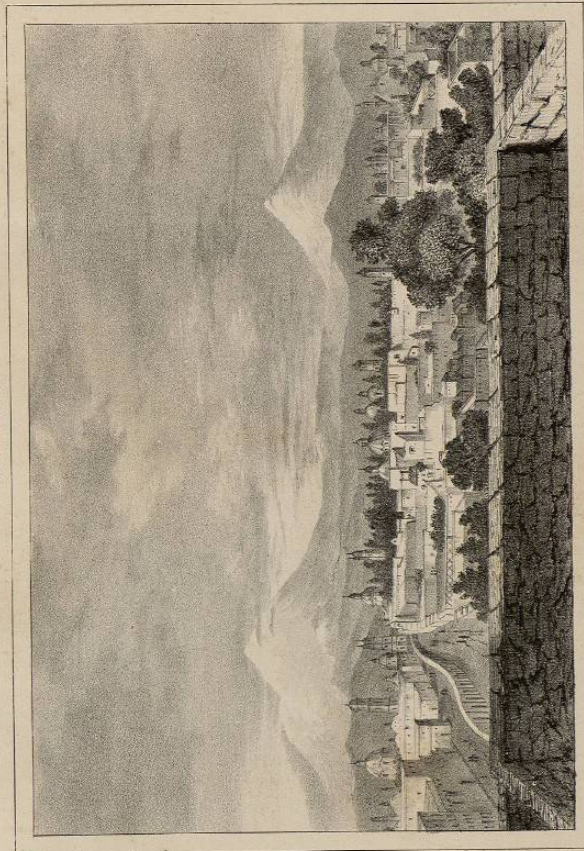
México, (1) ciudad populosa de la América Septentrional, capital hoy de la República mexicana y del Departamento de su nombre, y antiguamente, corte primero de los reyes aztecas, y de los virreyes de Nueva-España en seguida, está situada bajo la zona-tórrida á los 19° 25' 45" de latitud boreal á los 95, 29 en grados, y 6, 21, 91 en tiempo de longitud al Occidente de Madrid. Esta ciudad está situada casi en el medio del Gran Valle á que dá su nombre, valle que ocupa el centro de la cordillera de Anáhuac y que está situado sobre la espalda de las montañas porfiríticas y de amigdaloides basáltico. La forma de este valle es oval, y su longitud, tomada desde la embocadura del río Tenango en el lago de Chalco hasta el pié del cerro de Sincoque, cerca de Huehuetoca, es de diez y ocho un tercio leguas; su mayor anchura de doce y media leguas desde San Gabriel cerca de Texcoco, hasta los manantiales del río de Azcapozalco, cerca de Gisquiliuca; su circunferencia de 67, tomada de la cresta de las montañas que lo rodean, y su estension territorial de 244 leguas cuadradas, de las que solo 22 están ocupadas por los lagos, todo esto, segun las observaciones del baron de Humboldt y del

(1) Mucho varían los autores sobre la significacion de la palabra México, pues unos dicen que se deriva de la palabra *Mexiti*, que en mexicano significa luna, porque la vieron reflejada en el lago; otros quieren que signifique fuente, porque en el sitio en que la fundaron encontraron una de agua dulce, y aun Clavijero creia al principio que México queria decir en el centro del maney; mas este mudó despues de parecer, y se convenció de que México viene de *Mexiti*, ó *Huitzilopochtli*, que era el Dios de la guerra de los mexicanos, y que por consiguiente, quiere decir lugar de *Huitzilopochtli*, pues el co agregado á un nombre, cuyo final se suprime, equivale á lugar, como se verifica tambien en *Huitzilopochtli*, en cuya palabra se suprime el *ti*, lo mismo que en *Mexiti*.

mineralogista D. Luis Martínez, á quien cita el mismo viajero.

El clima de México guarda un verdadero medio entre todas las temperaturas que se observan en la República, pues ni en el estío se experimenta el calor sofocante de las costas que nosotros llamamos *tierras calientes*, ni en invierno el frío rigoroso de otros lugares, ó mas elevados sobre el nivel del mar, ó situados mas al Norte. Con su dilatadísimo horizonte, su aire suave y su cielo azul la mayor parte del año, es uno de los lugares mas deliciosos para vivir libre de los fastidios tenaces que nos causan un aire siempre húmedo y un cielo sombrío, y cubierto de negras nublaciones, bien que en esto de la pureza del cielo sea inferior á otros puntos por los vapores constantes que se desprenden de los lagos que lo rodean, especialmente en el estío, y que ofuscan un tanto la brillantez del firmamento. La vegetacion de los alrededores de México, si exceptuamos únicamente las chinampas, es en general mezquina, debido sin duda á la falta de agua que hay en algunas partes, como por ejemplo por San Lázaro, lo que impide regar todos esos campos cubiertos por el muriato y el carbonato de sosa; y creo yo tambien que las enfermeretas ejercerian muy pocos estragos en su seno, si no fuera por la snciedad, consecuencia de la poca policia de las grandes ciudades.

Es la residencia del presidente y de todas las autoridades superiores de la República, así como de las del departamento. Tiene, ademas, Sede arzobispal, que es la metropolitana de todo el estado, con su cabildo y su numeroso clero, tanto secular como regular: se cuentan en ella multitud de edificios públicos, como son el palacio del gobierno con todas sus oficinas, la casa de moneda, jardín botánico etc., la catedral, el palacio del arzobispo, la aduana, el palacio del gobierno departamental, la diputa-



MEXICO.

ción ó casa municipal, la universidad, en la que están el Museo nacional y el Ateneo; el Apartado nacional, 14 parroquias, 20 conventos de frailes, 21 de monjas, 10 capillas y 4 colegios de niñas. Tiene, además, 7 hospitales, de los que dos están destinados para locos; 1 casa de cuna, 1 hospicio, 1 casa de corrección de jóvenes delincuentes, 2 cárceles, 1 colegio de minas, 1 militar, 1 escuela de medicina, 1 seminario conciliar y 3 en que se cursan los estudios primarios, la Teología y el Derecho, tanto civil como canónico. Escuelas lancasterianas, 2 bibliotecas públicas, 3 paseos, 3 teatros, que aunque de pésima construcción, sirven para su objeto, pues solo podremos contar uno cuando esté concluido, el de la calle de Vergara, y multitud de establecimientos literarios particulares. De todos estos edificios y establecimientos, hablaremos en otro lugar estensamente.

México, una de las ciudades mayores del Nuevo-Mundo, es quizá la que con mas imperfección han descrito los viajeros europeos, quienes á excepción de Humboldt que la describió tal cual la encontró en la época de su viaje, no han hecho mas que corroborar las falsas aserciones de hombres que tal vez jamas habian espaciado sus miradas por el sorprendente valle de la antigua Tenochtitlan. Apoyados casi todos en las relaciones de los conquistadores, y en algunas poco posteriores á la conquista, han creído que México no habia cambiado de aspecto desde entonces á acá, y que todavía era por consiguiente una isleta que no estaba unida al continente, sino por unas augustas lenguas de tierra, dando esto lugar, á que no habiéndola visto jamas, dejasen correr libremente su imaginación en sus descripciones. Es cierto que la antigua México estaba situada en varios islotes que rodeaban por todas partes los lagos de Texcoco y Chalco de que habla Cortés en su carta al emperador, de 10 de octubre de 1520 y los de Zumpango y Xaltoclan que segun observa Humboldt, no conocia aun el conquistador, lagos que cubrian con sus aguas casi todo el valle; mas es cierto igualmente, como observa el mismo Humboldt, que las aguas desde entonces iban ya retirándose poco á poco; movimiento natural, que auxiliado del famoso desagüe, ha hecho que la orilla del lago de Texcoco, se encuentre hoy casi á dos leguas de distancia del limite de la ciudad. Hubo época tambien en que retiradas ya las aguas, penetraban no obstante en el interior canales que fueron cegados en tiempo del virey conde de Revillagigedo, de los que no queda hoy mas que el que viene de Iztapala-

pán, y entra en la ciudad por detras del convento de la Merced. Mas siendo evidente que la actual México es del todo distinta de la antigua, echemos ahora una mirada rapidísima sobre su historia.

La ciudad de México, fué fundada por los mexicanos el año II *Calli* (1) de su era que equivale al año de 1325 de la era vulgar, segun la comparación entre la cronología europea y la mexicana, inspirada á Clavigero por los trabajos de Sigüenza. Mas antes de proseguir daremos una idea de quiénes eran los mexicanos, de dónde procedian, y como llegaron á las lagunas. Los mexicanos venian de un lugar llamado *Aztlan*, cuya situación mas probable, dejando por ahora á un lado la investigación de su verdadera posición era al Norte del golfo de California á distancia de cerca de 2700 millas de México, segun indica Betancour, á cuya opinion parece que se adhiera Clavigero, como mas probable que la de Bo-

(1) Cuatro periodos, compuestos cada uno de ellos de 13 años, componian el siglo mexicano, el cual en su totalidad estaba formado por 52 años. El año mexicano estaba dividido en diez y ocho meses, de los cuales cada uno se componia de 20 dias que dan para el año por total 360; mas como al fin del ultimo mes añadian todos los años sus dias intercalares que ellos llamaban *Nemotemi* (dias inútiles, segun Clavigero, ó acingros segun otros) resultaba que su año era igual al nuestro, pues tenia 365 dias. Los nombres radicales de sus años eran cuatro, *Tochtli* (conejo), *Acatli* (caña), *Tepepatli* (pedernal) y *Calli* (casa), los cuales se contaban de esta manera: primer año del siglo I *Tochtli*, segundo II *Acatli*, tercero III *Tepepatli*, IV *Calli*, y volviendo á comenzar, V *Tochtli* hasta que este primer periodo acababa con el XIII *Tochtli*, y el segundo periodo comenzaba con el I *Acatli* y concluia con el XII *Acatli*; el tercero con el I *Tepepatli*, y concluia con el XIII *Tepepatli* y el cuarto periodo ultimo del siglo, comenzaba con el I *Calli* para acabar con el XIII *Calli* y para que el otro siglo volviese á comenzar con el I *Tochtli*, de suerte que con cuatro nombres radicales y trece nombres se distinguian muy bien los años. El año primero del siglo comenzaba á contarse el 26 de febrero; mas como cada cuatro años se anticipaba un dia á causa del dia intercalar de nuestro bisicuto, resultaba, que en los últimos años del siglo, comenzaba el 14 de nuestro febrero. De aquí se infiere, que el II *Calli* (1325) año en que se fundó México, correspondia al año segundo del tercer periodo del siglo.

En otro lugar daremos luego una idea estensa de todo el calendario de los antiguos mexicanos, el cual es la mayor muestra que pudieron habernos dejado de su civilización, pues él nos prueba cuan superior era el grado de rectificación de sus observaciones astronómicas al de casi todas las naciones antiguas.

turini. Sin mencionar aquí ni las tradiciones, ni el viaje larguísimo, con la espresion de los lugares que refiere Torquemada, pues ademas de ser muy difuso, no está muy bien probado, solo referiremos una circunstancia en que todos los autores están de acuerdo.

Vivian los Aztecas (nombre que les venia del lugar que habitaban) en Aztlan divididos en familias, de las que cada una tenia su nombre particular; y habia entre ellos un personaje al que todos respetaban, llamado *Huitziln*, el cual habiendo oido un día un ave que desde un árbol repetia la palabra *Tihui* que quiere decir „ya vamos” y de acuerdo con otro de los principales personajes llamado *Tecpaltzin*, convinieron en sacar á su pueblo de aquel lugar, diciéndole que la voluntad de su Dios, espresada por el canto de aquel pájaro, era el que saliesen de allí, y caminasen hácia el Sur, hasta el lugar que él les indicase. Dieron crédito á sus palabras, y el primer año de su primer siglo, segun refiere Torquemada, el cual equivale segun lo mas probable al año de 1160 de nuestra era, salieron de Aztlan, ancianos y jóvenes, mugeres y niños, fados en la palabra de su Dios, y con la esperanza de mejorar su suerte.

En su peregrinacion, se dividieron las familias por mandato de su Dios, y habiendo tomado ocho de ellas un rumbo distinto, solo los *mexicas*, que desde entonces tomaron el nombre de mexicanos, siguieron su camino, en el cual es probable que pasaron por Michoacán hasta llegar á Tula; y antes de llegar á este lugar se dividieron tambien ellos en dos bandos, de *mexicanos* y *Tlaltelolcos*, que despues se conservaron un odio eterno. De Tula pasaron á Zumpango, de aqui á Tizayócan, de donde pasaron á Tepeyacac (villa de Guadalupe). De este lugar emprendieron el sitio de Chapultepec colina porfirítica, situada al Noroeste de la ciudad actual, de donde pasaron á Acélc, lugar situado mas dentro de la laguna, donde sufrieron la mas espantosa miseria. En fin, por engaños del Señor de Colhuacan (hoy Coyoacan, situado al Sur de México á poca distancia de San Angel) pasaron á aquel lugar en donde vivieron en la mas afrentosa esclavitud, hasta que por inspiraciones de *Huitzilopochtli*, Dios que habian venerado durante su peregrinacion, se dirigieron mas hácia el Sur, en busca de un lugar en el que habian de encontrar, segun el oráculo, un nopal que naciese de una piedra y en el que estuyese parada una águila. Así lo encontraron á la mañana siguiente de su salida de Colhuacan, segun cuentan Torquemada y Gemelli, visto lo

cual, comenzaron luego á levantar la ciudad, á la que llamaron Tenochtitlan (nopal que nace de una piedra) por el templo de su Dios *Huitzilopochtli*, que colocaron en el islote del centro que era el lugar que hoy ocupa la Catedral. Esto fué en el año de 1325, de suerte que pasaron desde su salida de Aztlan hasta la fundacion de México 165 años.

Pobres al principio los mexicanos, y manteniéndose de la pesca, eligieron no obstante su gobierno, que al principio fué aristocrático, y solo despues de algun tiempo eligieron sus reyes; y á pesar de sus guerras continuas con los pueblos vecinos, y especialmente con los tlaltelolcos que se habian establecido en el punto que hoy ocupa Santiago Tlaltelolco y todo el espacio que se estiende desde aqui hasta cerca de Tlalnepanlla, comenzaron á edificar su ciudad, la que dividieron en cuatro cuarteles que llamaron *Tecpan*, *ó Xochimilco*, *Atzacualco*, *Mayotla* y *Tlalquechinco*, *ó* Caeypañ, que correspondian á nuestros barrios de S. Pablo, S. Sebastian, S. Juan y Santa Maria; tiraron las calles en los lugares de tierra firme de Oriente á Poniente y de Norte á Sur, y en las que entraban algunas canales fueron poco á poco construyendo puentes de madera bastante anchos. En 1362 concluyó el gobierno aristocrático, y subió al trono su primer rey Acamapichtzin en cuyo tiempo pagaban tributo los mexicanos al Señor de Azcapotzalco, quien no contento con lo que hasta allí le habian dado, les exigió que le llevasen un huerto flotante con todas las plantas del Anáhuac nacidas, de donde tuvieron origen las chinampas que tanto han dado que decir despues á los europeos, y de las que hablaremos en otro lugar. Así permaneció la ciudad durante sus cuatro primeros reyes, hasta que en tiempo de Moctezucama I, llamado *Iluehue viejo* Moctezucama, comenzó á ser conquistadora. En tiempo de Axayacatl, su sexto rey, se aumentó considerablemente, pues con la conquista de Tlaltelolco se pasó á allí el mercado que antes era en las inmediaciones del Templo, ese soberbio mercado de que habla Cortés admirado en una de sus cartas á Carlos V. Este mismo rey comenzó á edificar el templo mayor, el gran templo de *Huitzilopochtli*, el cual no se concluyó sino hasta el reinado de Ahuitzotl, octavo rey de México, en cuyo tiempo adelantó mucho el embellecimiento de la ciudad. En fin, Moctezucama II, llamado Moctezucama *Jocoyotzin* (jóven), para distinguirlo del otro que era Huehue (viejo), llevó la ciudad al grado de esplendor en que la encontraron los conquistadores. Construyó templos,

palacios, puentes, canales, muros, y estendió de tal manera la ciudad, que era, segun Cortés en una de sus cartas al emperador, tan grande como Córdoba, con un mercado (Tlaltelolco) dos veces mayor que el de Sevilla. Este fué el *maximum* de brillo á que llegó México, cuyo estandarte fué durante el imperio de sus reyes una águila en actitud de arrojarse sobre un aguilón; mas llegaron los españoles, quienes mas astutos que los mexicanos, salieron vencedores, y sujeto cuanto á estos últimos les pertenecía á la ley de los vencidos, todo fué arrasado y demolido, para que ni el recuerdo de tanta grandeza nos quedara.

Hecha la conquista, Cortés hizo la division de las tierras entre sus oficiales y soldados, y los naturales del pais, y comenzó á edificar la nueva ciudad, en la que el gusto de la arquitectura europea, sucedió en los edificios al gusto azteca. El mismo edificó su casa en el lugar que hoy ocupa la que llamamos casa del estado, y que es perteneciente al duque de Monteleone su descendiente, y en donde antiguamente parece que estaba uno de los palacios de Moctezucama, próxima al gran Templo. Se fundó la Catedral, la antigua, pues esta es posterior sobre las ruinas del templo mayor; cedió á los padres franciscanos, para que ubicasen su convento, el sitio en que lo vemos ahora, y que estaba ocupado antes por el palacio que Moctezucama tenia destinado para la cria de aves; fundó la casa de la ciudad [la diputacion] bien que el edificio que ahora vemos sea posterior, y casi conformándose con la antigua division de la ciudad, y conservó los mismos cuarteles con sus nombres. Todos aquellos que participaron de la division de las tierras, comenzaron á hacer otro tanto, y muy pronto la antigua Tenochtitlan habia mudado casi del todo su aspecto. En 1523 dió Carlos V por armas á México, á pedimento de los procuradores, un campo azul color de agua, que indica la laguna en que está edificada, con un castillo, en cuyo centro habia tres puentes, uno de los cuales estaba apoyado en el castillo, y los otros dos que no lo tocaban, tenían encima dos leones empuñados, que asian con sus garras el castillo, significando la victoria de los españoles: dióle por orla un campo dorado las pencas del nopal con sus abrojos, como la representacion de la tierra. Poco á poco fueron haciéndose todas las fundaciones religiosas; y se puse á asegurar que las mas antiguas son el convento ya citado de San Francisco, el de monjas de la Concepcion y el Hospicio de Jesus Nazareno, fundados por el mismo Cortés.

Siendo Fuenleal presidente de la audiencia en 1533 se aumentaron las novedades materiales de la ciudad, pues mandó este que en los arrabales se hiciesen de piedra los puentes que hasta allí habian sido de vigas; mandó cegar la parte del lago que ocupaba el centro de la ciudad, y construir una plaza, que segun congeturo, fué la de Jesus, para que los naturales tuvieran en ella lo que ellos llamaban *tianguiztli*, y que nosotros corrompiendo la palabra, llamamos hoy *tianguis*, y construyó una especie de acueducto que hoy no existe, y que tenia por objeto conducir el agua de Tlaltelolco á los edificios y plazas públicas de la ciudad. En 1548, á peticion del procurador Alonso de Villanueva, le dió el emperador á México el título de muy noble, insigne y leal ciudad, título que en adelante usó en sus armas y escrituras, y por este año se comenzó la construccion del acueducto que hoy conduce el agua á la ciudad.

El año de 1580, sufrió México su primera inundacion, á consecuencia de la cual se pensó por primera vez en construir el desagüe de Huehuetoca: la segunda fué en 1604, y despues de este, el año siguiente se empedraron las calles, se limpiaron las acéguas y se construyeron las calzadas de Guadalupe, la Piedad, etc.: en 1607, en fin, fué la grande inundacion de México, á consecuencia de la cual se emprendió en el acto el célebre desagüe de Huehuetoca, del que daremos una descripcion y una historia separadas, y que como dice Humboldt, es la obra hidráulica mas gigantesca que hayan emprendido los hombres. Siguió sufriendo México inundaciones, y embelleciéndose cada día mas con nuevos edificios, hasta la época en que llegó de virey el conde de Revillagigedo, quien, como todos saben, con su rara diligencia puso á México casi en el estado en que hoy la vemos. Cegó la mayor parte de las acéguas, empedró de nuevo las calles, puso el alumbrado de toda la ciudad, y estableció, sobre todo, una policia regularizada que jamas habia habido en México, y que tanto ha contribuido en las mejoras que sucesivamente se han ido haciendo; y con su idea constante de embellecerla, pensó tambien en la destruccion del Parian, verificada últimamente; mas no la emprendió, porque pulsó los muchos inconvenientes que habia; inconvenientes que se atropellaron ahora.

Despues de este virey, muy pocos fueron los progresos que se hicieron en la parte material de la ciudad hasta la época de la independencia, en cuyo tiempo sufrió la última inunda-